



EN FAMILIA

Un cromosoma (de más) que construye al instante

Debía morir. En cambio Daniele está allí, pequeño y a la vez fecundo, porque «impide que nos paremos en lo que comprendemos».

Davide Perillo

La única certeza parecía aquel cromosoma de más. Trisomía 18. El diagnóstico llegó cuando Daniele aún estaba en el vientre de Chiara y los médicos esbozaban hipótesis que giraban todas en torno a la misma palabra: «Morirá. Quizá antes de nacer, probablemente inmediatamente después». Y en cambio Daniele está allí, en la cocina de su casa, en los brazos de Marco. A finales de julio salió del hospital, de aquel rosario de tubos, sondas y crisis respiratorias que parecía que se lo iban a llevar de un momento a otro. Dentro de poco cumplirá cuatro meses. El 17 de septiembre le hicieron una fiesta en Morimondo, una abadía de la Bassa milanese. La iglesia llena, gentes de media Italia: Romag-

na, Piemonte, Trentino... Un pueblo. Nacido en torno a aquella cuna. A la fe de Chiara y Marco. Y a la presencia misma de ese niño débil, diminuto, de tres kilos escasos de peso, pero con una capacidad de incidir en el mundo, de construir —de generar— más potente que muchas otras vidas juntas. Porque remite de golpe a otra certeza: «Existe. Es querido. Y es querido como es». Chiara es sencilla y clara. La misma sencillez del primer día, frente a aquel diagnóstico: «Lloré, es verdad. Por supuesto que no quieres un hijo enfermo. Esperas la normalidad. Deseas que

esté sano. Pero estaba segura de una cosa: que la llegada de Daniele era algo para nosotros, para mí. Lo miraba en la ecografía, con las manitas completamente retorcidas. Y me decía: “Si lo estás haciendo así, significa que lo quieres precisamente así. Como me quieres a mí con el pelo rizado, así lo quieres a él así».

Intentad identificarlos. Ponerlos en la piel de un padre y una madre delante de un niño que al instante siguiente podría ya no estar. Como todos los hijos, es cierto. Pero Daniele es esta precariedad delante de tus ojos en cada instante, es algo que vuelve dramático cada instante normal: un resfriado de Anna y Eugenio, sus hermanitos, un vómito en el momento equivocado...

«Sin embargo, estos meses han sido un camino. Es como si cada día pudiera poner una piedra más en este muro de certeza». ¿Por qué? «Han sucedido muchos hechos. El cambio de las personas a nuestro alrededor, los amigos, el he-

cho de que Dios nunca te deja sola. Pero sobre todo el trabajo de Escuela de comunidad: un continuo volver a empezar. Y mi crecimiento, ese yo que se despierta y que poco a poco descubre

«Lo miraba en la ecografía, con las manitas completamente retorcidas. Y me decía: “Si lo estás haciendo así, significa que lo quieres precisamente así. Como me quieres a mí con el pelo rizado, así le quieres a él así».



que está más vivo. Más atento a las cosas». ¿Ejemplos? «Apenas salimos del hospital, en casa era un continuo desvivirse: “Ahora hago esto y luego estoy contigo”. Era un deseo opresivo. “Quizá después ya no conseguiré tenerte en brazos”. Y en cambio nunca es suficiente. Un día me dije: ¿por qué? Incluso si te tuviese en brazos de la mañana a la noche, para ti no sería más de lo que tienes. Y a mí no me resuelve la vida». ¿Y entonces? «Entonces llegas al corazón: Daniele es un desafío sobre la fe. La cuestión es si creemos en Jesús, si reconocemos la presencia del Misterio que le hace a él y a nosotros. Y si esto nos puede sostener. No se trata de que seamos capaces: se trata de que día a día aprendemos un poquito más sobre esto».

Impresiona pensar que todo, en el fondo, nació de otra dificultad, hace un par de años. Una crisis, todo parecía a punto de romperse. Luego, la propuesta de don Eugenio. El cambio de casa y de ciudad. El encuentro con otros amigos. Pero, sobre todo, el desafío que contenía dicha propuesta. Tomarse en serio el propio yo y a Cristo. Volver a tomarse en serio la fe, justamente. «Seguimos», nos cuen-

ta Marco. «Y cuando nos dimos cuenta de que entre nosotros había vuelto a nacer algo más interesante aún que el día de la boda, dijimos: esto es, Cristo no te abandona. Le das un poquito y Él abre puertas y caminos en el desierto. Por eso, ante la enfermedad de Dani la reacción fue: veamos dónde nos lleva este camino, Señor. Pero nunca pensé que esto fuese algo contra mí».

También él va poniendo sus ladrillos. De “síes” y de descubrimientos. «Cuando tenía las crisis, en el hospital, a veces me decía: “Su tiempo es limitado, lo sabes. Debes estar preparado”. Me daba una razón. Pero cuando se ponía azul, rezaba para que pasase. Es dramático, descubres que no estás preparado. No puedes estarlo. Entonces gritas. Rezas: no sé estar,

ayúdame. O bien: hazle respirar. Ahí sí es donde estás tú hasta el fondo, en esa petición. Eres impotente: recibes todo. Pero haces todo lo que puedes. Porque pides». Y para ti, ¿qué pides? «Haz que no me pare en lo

que entiendo. Porque siempre es demasiado poco. Ayúdame a ir un paso más allá, porque seguramente hay algo para mí». ¿Y qué descubres? «Te descubres más atento a las cosas, a com-

prender el nexo que le une a la vida, a su relación con Dios. Y te das cuenta de que para ti es lo mismo. La misma relación. Él no tiene pretensiones ni quejas. Está ahí, y vive. Y yo deseo un vínculo con Cristo así: directo, sin filtros. Mirar la realidad que sucede».

¿Y los otros hijos? «Los miro de manera diferente», dice Chiara: «Con Anna, la mayor, en el fondo siempre he pensado: hazlo así, hazlo así; te explico yo lo que tienes que hacer. En cambio, Dios la ha hecho como es, con su carácter. Es más para ella, y por tanto para mí. Ya no se trata de “te enseñó” sino de “estemos juntas ante lo que existe”. Estás ante ellos no como hijos tuyos, sino confiados a ti para que crezcan. Si no les enseñó a mirar la vida con esta mirada, ¿qué les enseñó?». ¿Y Marco? «Tenía miles de preocupaciones. Dani es tan frágil, quizá los otros dos sin darse cuenta le hacen daño. Pero en cambio son maduros. Eugenio es muy delicado. Cuando pasa delante de Daniel, se para y le da un beso. Siempre. Luego sigue su camino. A mí me viene a la cabeza cuando se pasa delante del Santísimo. Te arrodillas. Lo reconoces». Y vives.

«Como ves, estamos descubriendo que el Señor nunca es imponente en su manera de proponerse. Es discreto, te toca en las cosas pequeñas. Es a través de ellas como intuyo cada vez más que Daniele es querido. Por ejemplo, las ayudas que llegan para las necesidades prácticas: los cuidados, los gastos del Bautismo... Es como si el Señor nos dijera continuamente: “No os preocupéis, le tengo presente. Le tengo presente a él y a vosotros”. Todos los días ves cada vez más esta Presencia que nos acompaña». Y construye. En el drama, en el dolor, pero construye. «Es verdad, cada día me descubro más cierta», dice Chiara: «Has visto, has comprendido, has estado en la realidad. Has puesto otro ladrillo. Y quizá llegues a la noche y te encuentres diciendo “menos mal que Dani tiene un cromosoma de más. Porque todo lo que esto ha traído es grande”».

«Eugenio, el hermanito, es muy delicado. Cuando pasa delante de Daniel, se para y le da un beso. Siempre. Luego sigue su camino. A mí me viene a la cabeza cuando nos arrodillamos delante del Santísimo»